



El ardor de correr, fué rechazado por una de aquellas solemnes nevadas...



DONADOR

BIBLIOTECA PARTICULAR

DE LA

Señora Felicitas Lozanga

PROFESORA DE CANTO.

# La Carrozza di Tutti

(UNA NOVELA EN TRANVÍA)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO PRIMERO

Enero

Era el día de Año Nuevo de 1896. Tomé por la mañana el tranvía de la carrera Vinzaglio, en la calle de Roma. Durante todo el trayecto que media hasta la calle Garibaldi hubo un continuo subir y bajar de señoras y caballeros, que parecían haberse dado cita en el carruaje, pues así en el interior como en la plataforma, al entrar y salir, era un continuo cambio de saludos, de reverencias, de



sombreros que se quitan y de manos agitadas amigablemente como en una sala de recepción. En mitad de la calle Garibaldi, advertí en el interior del tranvía una escena curiosa. Sentada en el centro de uno de los bancos, había una aldeana robusta, con pañuelo de color á la cabeza y un gran lío de trapos sobre la falda; enfrente de ella, una muchacha del pueblo, con la cabeza descubierta y el pelo corto, pobremente vestida y con la cara no muy aseada; á los lados de una y otra, señoras y señoritas elegantísimas, emperifolladas y perfumadas de tal modo, que, al abrirse la puerta, despedían al exterior un soplo tan oloroso como el que sale de las perfumerías. Me maravillé de no haberme fijado jamás en esos contrastes sociales, que tan frecuentes son, sin embargo, en estos carrruajes, en los cuales, no habiendo separación de clases, puede ocurrir y ocurre que, por unos momentos, gente de la plebe se halla en contacto con la que representa en el mundo lo más granado de la sociedad, y en condiciones apropiadas para examinarla á voluntad y escuchar su conversación. Observé entonces curiosamente la atención viva y continua con que la aldeana y la muchacha examinaban á sus elegantes vecinas, desde las flores de los sombreros á los broches dorados de los guantes, comiéndose, por decirlo así, con los ojos, las prendas de los trajes, el color y forma de los abrigos de pieles, el portamonedas de una, el devocionario de otra, su modo de levantarse y sentarse, sus más insignificantes movimientos y hasta los pliegues de su vestido; atención seria, persistente, escrutadora, como si

tuvieran delante de sí criaturas llovidas del otro mundo. De aquella observación brotó como un rayo en mi mente. Busqué y encontré en mi imaginación otras escenas parecidas, pero diversas, y de una significación profunda; volvieron á mi memoria conversaciones, encuentros, gestos, miradas, nimias aventuras, alegres y tristes, que no pueden ocurrir sino en aquel carruaje democrático, donde continuamente se confunden y están en contacto todas las clases sociales; desfiló ante mí un cortejo de personajes que conocía y recordaba por haber hecho algunos «viajes» en su compañía, con quienes jamás había cruzado la palabra sino en la plataforma, y que formaban para mí como una familia aparte de los otros pasajeros; y de tal manera me dominó aquel orden de ideas, que interiormente lancé una exclamación que por poco dejan escapar mis labios:—¡Eso es! Un estudio... un libro... ¡*El coche de todos!*

\*  
\*\*

Al día siguiente, esa idea se complicó. Repasando mentalmente los personajes que más relieve tenían en mi imaginación, fijéme en dos de ellos, acerca de los cuales estuve tentado de escribir una novela. Eran un joven y una muchacha. A ésta, que debía habitar en el arrabal de San Donato, la veía



en el tranvía de la línea del Martinetto, al hacer el primer viaje, á las siete y media de la mañana, desde la plaza del Estatuto al centro de Turín. El joven tomaba diariamente el mismo coche en la esquina de la calle de Siccardi. La muchacha se sentaba casi siempre en el ángulo de la derecha, junto á la plataforma delantera; él, cuando podía, acomodábase siempre enfrente ó á su lado. Ambos eran de baja estatura, flacuchos, enfermizos y vestidos pobremente, aunque aseados; infelices cuya juventud sólo consiste en la fecha de su nacimiento y que mueven á piedad, porque á la lengua se advierte que tienen conciencia de su miseria física y que se avergüenzan de ella. El joven tenía uno de los ojos cerrado, un rostro que evocaba la idea de una infancia perseguida, y expresaba la resignación del que ya se ha connaturalizado con la pobreza, los dolores y las humillaciones: de la muchacha habría afirmado, no sé por qué, que era huérfana desde muy niña y que había estado muchos años sometida á la tiranía de una madrastra. Pálida, demacrada, tenía las facciones irregulares, harto grande y picada la nariz, y la barba de viejecita: la naturaleza sólo le había dado unos ojos hermosos y de suave mirar: su juventud y su sexo se resumían en aquellos ojos, la sola cosa que tuviera para obtener alguna vez de sus semejantes una mirada de simpatía. Él era quizás un escribiente, un mísero empleado sin porvenir; ella, una maestra de algún asilo, ó costurera, ó aya de algún colegio de niñas. Desde la primera vez que los ví me había impresionado la seriedad, la dignidad sencilla y triste de

su continente. La muchacha bajaba siempre en la plaza del Castillo; el joven continuaba por la calle del Po. Cuando subía él, se saludaban con una sonrisa casi imperceptible; cuando bajaba ella, se saludaban sin sonreír; pero el joven sacaba la cabeza por la ventanilla para asegurarse de que había bajado sin tropiezo. Cambiaban pocas palabras y se miraban rara vez. Cosa singular: casi á nadie miraban tampoco; oficiales galoneados de oro, señoras elegantes, cualquiera que entrase no les merecía sino una ojeada distraída y sin expresión; diríase que miraban una sombra que no les evocaba ningún pensamiento. Claramente se advertía que entre ellos había algo irrevocablemente decidido; que no podía tratarse de amoríos, sino de una promesa de matrimonio; que eran dos vidas ya ligadas, y se adivinaba que, por entonces, no tenían otra ocasión de estar en compañía que en aquel coche público.

Conmovíame el amor de aquellos dos pobres seres tan maltratados por la naturaleza y por la fortuna, tan humildes y desdichados, que se habían alargado la mano y héchose el don de su simpatía por mutua piedad. Pensaba que, sin hablar, se habían dicho:— «¡Pobre joven, pobre muchacha! ¿Quién te querrá en este mundo, si yo no te quiero? ¿Quieres unir tu tristeza á mi tristeza, tu miseria á la mía? ¿quieres que suframos juntos y que nos amemos tanto, que lleguemos á olvidar que la naturaleza ha puesto nuestras almas en dos cuerpos desdichados?»—Y de este pensamiento brotó la idea de la novela: el amor, el matrimonio, muchos



años de durísimas privaciones, una serie de humillaciones y calamidades que les empujaban al suicidio; luego, las leyes de la naturaleza una vez más desmentidas; un precioso niño, una flor de hermosura y robustez, y con ese niño toda su miserable vida cambiada; y después de esa encarnación maravillosa, otros niños parecidos, un coro de ángeles, tan inteligentes como bellos, admiración y envidia de todos, una familia de precoces ingenios, de artistas, admirados ya en su adolescencia, y la fama, la riqueza, la gloria, la existencia, transcurriendo como un dorado sueño... Pero abandoné la idea á los pocos días. No eran poéticos, más que como yo en mi imaginación los veía, aquellos dos pobres jóvenes desconocidos, destinados á una vida oscura y trabajosa, pero confortada por un amor profundo. ¿No era mejor que no desnaturalizara con mis invenciones el sentimiento de piadosa simpatía que me inspiraban, acompañada de pensamientos que ennoblecían la humana naturaleza? ¿Para qué reformar ó rehacer por el arte aquella realidad tan triste y tan gentil al propio tiempo? Y arrojé la idea á la fosa común, adonde van á parar los abortos de la fantasía.

\*  
\*\*

Volví á mi primera idea una mañana temprano, observando desde la ventana, en la plaza del Estatuto, ya blanca de nieve, los coches de las tres lí-

neas que allí se cruzan, parados, esperando la hora de la salida. La vista de aquellas casitas ambulantes que entre la luz crepuscular se distinguían á través de la nieve, con los colores chillones de los anuncios, y que ofrecían el aspecto extraño y lastimoso de un grupo de barracas de saltimbanquis perdidos en mitad de una estepa, despertó en mí el capricho de bajar y meterme en una después de otra, y de rodar así toda la mañana como un vagabundo, en busca de aventuras. Y como lo pensé lo hice. Los pasajeros subían con los hombros y la cabeza blancos; la nieve caía finísima contra los cristales, y desde adentro se veían las caras de las gentes de una manera tan confusa, á través de aquel velo blanco, que de trecho en trecho el más listo no podía decir en qué parte de Turín se hallaba. Si, el recio pisar de los caballos que afirmaban con fuerza los cascos para no resbalar sobre el húmedo suelo, excitados por las voces de los conductores; el ruido confuso de gritos, silbidos, campanillazos; de esquilas y cuernos que sonaban lejos y cerca para avisar los cruces de las líneas; la travesía de la plaza, donde la nieve no había perdido su alba pureza; la masa intrincada de carruajes que se acercaban y huían, eran para mí un espectáculo casi nuevo, que me recordaba aquel placer agudo que el invierno nos produce en la infancia. Luego, cuando espesó la nieve, las paradas súbitas, la fila de carruajes esperando, llenos de viajeros inmóviles como larvas asustadas; el bajar de coches y conductores, para arreglar y dejar expedita la vía; toda aquella agitación de negras sombras



fijas sobre la blancura, bajo la lluvia blanca, densa, continua, silenciosa, que apagaba el eco de las voces, de los silbidos, del campanileo que en todas partes resonaban, todo eso me produjo la impresión de los antiguos viajes en diligencia, llenos de peripecias y de sorpresas que tanto enamoran á los románticos, y me hizo insistir en el propósito del primer día. Sí, un estudio... un libro... *El coche de todos*.

Precisamente aquella mañana, apareció en plena luz para mí la silueta de *Giors*, un cochero de la línea de Vinzaglio, con quien había hablado ya algunas veces y que trababa familiarmente conversación con todos los pasajeros. Aquel tiempo de todos los diablos, que era la pesadilla de los cocheros, parecía haber aumentado el buen humor habitual de *Giors*. Envuelto en su capotón, calada la gruesa gorra de lana, de color de chocolate, plantado sobre un par de zapatones de cazador, con sus enormes guantes hechos de trozos de cuero, de paño y de punto, recibía de frente la nevada, se removía en la plataforma con una alegría carnavalesca, saludaba con gritos y versos bufos á los cocheros de tranvía que pasaban, y á cada momento tarareaba ó silbaba el *Toreador attento*, de la *Carmen*, que no sabía acabar. ¡Envidiable mozo! La sola idea de la comida bastaba para hacerle feliz. Cada vez que yo hacía un viaje en su coche, volvía á casa con un hambre de cazador alpino. Todos los días, cuando principiaba á estimularle el apetito, se entretenía hablando de delicias gastronómicas y atormentaba á sus colegas con las más insidiosas provoca-

ciones:—¡Y bien! camarada, ¿no te gustaría un buen plato humeante de cordero, con mucha salsa, y mucho queso?— A veces deletreaba los nombres de los comestibles que vela detrás de los aparadores, como hablando solo: — ¡Mor-ta-de-lla de Boloña! Sa-lame de Alejandría!—y luego se reía, descubriendo dos hileras de blancos dientes, que resaltaban sobre el sano color tostado del rostro, partido por grandes bigotes negros y brillantes. Afirmaba tener cuarenta años, pero le daban treinta los movimientos rápidos y desembarazados, el aspecto robusto, la voz sonora, la alegría del buen muchacho que chispeaba en sus ojos claros, vivarachísimos y siempre alegres. Era simpático á todos los pasajeros por su buen carácter y por su cortés solicitud en ayudar á subir y bajar á viejos y niños, á enfermos y mujeres, fuese cualquiera su condición, con amabilidad siempre igual y nunca desmentida.

Aquel día me divertí sobremanera. En la plaza de Carlo Felice subió un hortelano con una cesta que á la legua trascendía á trufas blancas. El olor excitó inmediatamente la fibra gastronómica de *Giors* que, después de lanzar un silbido y de hacer restallar el látigo, hizo girar á un lado y á otro la manivela del freno y empezó á hacer discretas alusiones al «fruto prohibido,» lanzando ojeadas de inteligencia á derecha é izquierda, tan pronto á uno como á otro de los pasajeros, contento y entusiasmado, como si aquellas frutas estuvieran destinadas á su mesa.— ¡Esto es lo que se llama un buen aroma! ¡Voto va! ¡Aunque fueran esas frutas del huerto del diablo, no olerían mejor!—Y así por el



estilo. Afirmaba que el alcalde debería prohibir el transporte de esos tubérculos, que revolucionan un estómago con su olor, sobre todo cuando se tiene un hambre capaz de merendarse una fonda con fondista y todo. Y para mayor desdicha, guiaba aquel día un caballo llamado Risotto (1). Con solo nombrarlo se le hacía la boca agua.

Acabó de ponerle de buen humor la subida de un caballero, conocido suyo, que le saludó afectuosamente.

—¡Buenos días, Giors! Mal tiempo, ¿eh?

—¡Bah!—replicó Giors.—Es un tiempo que refuerza.

—¿Y qué sirven esta mañana en el *Grand Hôtel* de la Barrera de Francia?

—Arroz y macarrones... con trufas.

Giors vivía con su familia en la Barrera de Francia. Su mujer, á las once, le bajaba el almuerzo, que despachaba en un momento, sentado en el estribo del coche. El *Grand Hôtel* era aquello.

La breve conversación que tuvo con aquel señor esferoidal, que tenía todas las trazas de un rentista desocupado, me reveló la existencia de un original, de un producto particular de la institución de los tranvías, perteneciente á una familia numerosa, de la cual estoy seguro que no hay lector que no haya conocido algún individuo.

El caballero acarició los caballos y luego preguntó:

—¿Dónde está *Gorrión*?

(1) Arroz.

—Lo han puesto en la línea de Viali,—contestó Giors.

—¿Y *Gabriela*?

—Continúa en la enfermería.

—¡Ya! La debilidad nerviosa de las manos. Lo menos estará seis meses sin prestar servicio. ¿Y qué se ha hecho de Ferrari, que no le veo?

—Está en la reserva.

—¿Cuándo ponen en circulación el nuevo coche?

—Lo están barnizando ya.

—¡Toma! Este también se enfrena mal. No sé cuándo se decidirá la administración á cambiar el sistema de frenos.

Aquello me bastó para reconocer á un *tranviófilo*. Cada nuevo servicio público, que representa un adelanto para las ciudades, atrae un cierto número de esos aficionados que se toman interés por su marcha, por sus ganancias, por sus detalles más nimios, como si fuesen accionistas de la compañía concesionaria. Mi vecino era uno de esos aficionados que se saben de memoria el número de coches cerrados y jardineras que tienen en circulación la *Turinesa* y la *Belga*; que conocen el reglamento, la recaudación media diaria de cada línea, el nombre de cincuenta conductores, cocheros y revisores, el apodo, edad, cualidades y vicios de otros tantos caballos; que en sus cotidianos viajes examinan el material, interrogan á los empleados, notan los defectos del servicio, y arriman el hombro si es preciso para volver á los rieles los coches que descarrilan; proponen por carta alguna reforma á la Administración y toman á pechos los intereses



de una ú otra empresa, sin otro motivo que una simpatía espontánea, de que no sabrían explicar la causa.

Volvió á bromear con Giors sobre el *Grand Hôtel* de la Barrera y á celebrar sus graciosas respuestas, volviéndose ya á uno ya á otro de los pasajeros, como queriendo decir:

—¿Verdad que es un famoso muchacho este cochero?

Volviéndose luego hacia mí, me dijo bajando la voz:

—Es un buen hombre, créame. Ha sido soldado. Antes de entrar en los tranvías era embalador. La verdad es que tiene muy buen personal la compañía belga; creo que usted lo habrá observado también. No podemos quejarnos. He estado en el extranjero... en París, en Londres, y le aseguro que en cuanto á personal estamos muy bien servidos y que era imposible hacer mejor elección... salvo raras excepciones.

Luego añadió sonriendo:

—Los hay de toda especie. No hay personal de otro servicio público que haya pasado por tantos y tan distintos oficios. Con el de una sola compañía se puede poner en pié una sección de la guardia civil de caballería, de carabineros; hay quien es barbero, quien canta *Aida*, quien le imprime un libro, quien le prepara un almuerzo succulento. Hay también marineros y secretarios de Ayuntamiento. Un conductor de la *Belga* se sabe medio Dante de memoria y habla el latín. ¿No es cierto, Giors, que hay un conductor que ha estudiado en la Universidad?

—¡Ya lo creo!— contestó el cochero;— siempre está pensando en las musarañas y por eso carga con todas las monedas argentinas de bronce que hay en Turín.

\*  
\*\*

Aquel diantre de tranviófilo estuvo á pique de hacerme cambiar nuevamente de plan: tentado estuve de hacer un estudio sobre los empleados tranviarics. El argumento se prestaba á pintar, en un cuadro de vivos colores, la lucha desesperada de los que andan á caza de infimos empleos; de los que, advirtiendo que naufragan en todos los puntos y direcciones, se aferran á cuantas tablas y maderos están á su alcance, dejando uno para coger el otro, se hunden, resurgen de nuevo, vuelven á poner la mano allí donde ya otros la pusieran y hallan en todas partes cien manos para agarrarse al mismo trozo de leño. La biografía de unos cincuenta cocheros y conductores hubiese resultado una historia maravillosa, y no útil, de familias fulminadas y desmembradas por la desgracia, de pequeños industriales fallidos, de pequeños propietarios arruinados, de pobres diablos transportados sin punto de reposo del cuartel á la oficina, de la oficina á la antecámara, al mostrador, á la portería, á la taberna, á la despensa; lanzados al tranvía, al coche, al carro, al coche fúnebre; diversos entre sí por la educación y la cultura y en el modo de considerar el propio estado, satisfactorio para unos, transito-



rio é insoportable para otros; destinados, en gran parte, á nuevas caídas, á nuevas transformaciones y á nuevas aventuras ó desventuras. Me alentaba además á tal especie de estudio la vida rara y extraña de esos hombres que recorren la ciudad todo el año y todos los días sin descanso, comiendo deprisa y corriendo como los soldados en campaña, en contacto con gentes de distintas clases y condiciones, á quienes roza el vestido de las señoras y salpica el vómito del borracho, y se ven obligados de continuo á advertir, á disputar y á dirimir contiendas, y son espectadores y auditores forzosos de amoríos, discusiones, ridiculeces y miserias infinitas. Y, poseído de tal idea, durante muchos días anduve interrogando á cocheros y conductores...

\*  
\*\*

Pero, por aquel mismo tiempo, llamaron mi atención otros personajes que me indujeron á ampliar el campo de mi libro.

Fué el primero una viejecita aldeana, que penetraba en Turín por el tranvía que parte de la Barrera de Francia. Siempre se quedaba en la plataforma, teniendo al lado un saco tieso, lleno de no sé qué y muy pesado al parecer. Bajaba muchas veces en el cruce de la calle Veinte de Septiembre. Giors la apostrofaba de cuando en cuando como á una antigua conocida:

—*Buenos días, madre,*—y ella contestaba con un movimiento de cabeza. No desplegaba nunca los labios sino para pedir á los pasajeros que dispensaran la molestia que podía producirles el saco, que cambiaba continuamente de sitio para que incomodase lo menos posible. Era una viejecita pequeñísima, con los brazos extraordinariamente cortos, pobremente vestida, pero muy limpia, con un pañolito de color á la cabeza y una cara humilde y bondadosa. Solía ir muy derecha en un ángulo, con un hombro apoyado en la columnita de hierro que une el techo á la plataforma, la frente inclinada y los ojos fijos en los pies de los vecinos, como meditando. No tan sólo no miraba sino que parecía no darse cuenta de la presencia de nadie. A veces cerraba los ojos y permanecía así un rato como si durmiera. En la calle Garibaldi se persignaba al pasar por delante de San Dámaso, de la Trinidad y de los Mártires, ó cuando cruzaba alguna procesión de *Figlie verdi* con crucifijo. Era evidente que la absorbía un pensamiento fijo, que tenía siempre delante una imagen triste y lastimosa, un dolor mudo y grave que no buscaba consuelo y que ninguna palabra humana hubiese podido aliviar. Una mañana, una brusca sacudida del tranvía por poco la despidió al arroyo: apenas tuvo tiempo para agarrarse á la barra de la plataforma, pero sobre su rostro moreno y arrugado no pasó ni la más leve sombra de espanto: no la asustaba la muerte, no la dolía la vida. ¿Cuál habría sido su vida? Traté de evocarla, mirándola: sometida al trabajo desde niña, ajada á los veinte años, casada por el cebo de



una dote de un palmo de tierra, maltratada, abandonada por los hijos adultos, quedaba sola, después de cincuenta años de trabajo y de miseria, con un viejo ingrato y enfermo... Movíame á profunda piedad. En el ángulo de la calle Veinte de Septiembre bajaba, cargaba el saco sobre la espalda y, doblada bajo su peso, marchaba hacia Porta Palazzo. Vista de espalda en la calle, parecía una niña; tan pequeña era. Así su vida; una cosa insignificante que casi desaparecía bajo la carga soportada; una sombra pasando entre la demás gente que la rozaba y no la hacía caso. Estudiando su tristeza la última vez que la ví, creí descubrir en ella como una duda ó una esperanza. Me pareció un dolor que esperaba y que un día había de cesar ó de convertirse en otro más hondo aun, en desesperación...

Otro de mis personajes fué una señorita que hallaba unas veces en el tranvía del Martinetto y otras en el de la carrera Vinzaglio, siempre sola. La primera vez que la ví, iba sentada en un ángulo del coche, y su cara se dibujaba de perfil sobre el cristal de la ventanilla, donde campeaba en azul y rojo un anuncio de pastillas para la tos. Parecía un rostro de virgen inmaculada fulgurando en las vidrieras de los ventanales de un templo; un rostro tan puro de líneas, tan casto de expresión y de una blancura tan igual y suave, que hubiese atraído las miradas entre diez rostros de monjas, todas bellas. Doblemente maravillado quedé cuando se volvió de frente mostrando dos grandes ojos claros y serenos, que se fijaban un momento sobre los que la miraban, sin dar la más ligera señal de extrañeza, de complacencia, ni

de sugestión, como si fueran los ojos de una criatura insensible á las humanas pasiones. Tenía el aspecto de una muchacha que no pudiese caer en el pecado por ignorancia, que no hubiese mudado de aspecto desde la edad de cinco años y á la cual faltara la conciencia del propio sexo; una de aquellas figuras seráficas que no es posible imaginar dedicadas á una ocupación vulgar, á satisfacer una necesidad física, como si del cuerpo humano no tuviesen sino la forma exterior. Experimenté, sin embargo, un desengaño cuando se puso en pie para bajar. Era muy alta, estrecha de espaldas, un cuerpo de niña estirado, y tan grácil y ligero que un muchacho la habría podido transportar sin esfuerzo. Toda su belleza consistía en la cabeza coronada por una soberbia cabellera castaña; la naturaleza había esbozado sin amor el resto del cuerpo. Vestía modestamente y con una sencillez severa, como habría vestido una monja obligada á dejar por un día su hábito religioso. Despertó mi curiosidad. Y desde la primera vez que la ví, produjo en mi imaginación una impresión que no se borró en lo sucesivo: «Victoria Colonna muerta», por el pintor Yacovacci. ¿Quién sabe por qué? La ví vestida de blanco, tendida sobre un túmulo, larguísima, envuelta en un velo blanco, coronada de blancas flores, resplandeciendo á la luz de cuatro hachones, y la llamé para mí «la virgen muerta.» ¿Quién sería aquella joven, tan bella y tan singular, y siempre tan sola? Ni la sombra de un pensamiento que no fuese respetuoso me pasó por la imaginación, porque aun cuando se sabe por experiencia que hay rostros que